

trabajo. Hay 600 obreras. Almorzamos con ellas, sabemos que la fábrica ha logrado muchos éxitos; que su directora Luise Ermisch, es heroína del trabajo; que sus métodos han sido implantados en muchas otras fábricas; que hay una gran unidad entre las trabajadoras y la dirección. ¡Qué joven parece esta Luise Ermisch! Cuenta cómo, de simple obrera sin calificar, ha podido gracias a su esfuerzo y a las oportunidades que se le han brindado, ascender a directora de la fábrica, en la que continúa siendo una amiga y colaboradora de todas las obreras. Al despedirnos, los obreros nos entregan un regalo: unos delantales para niños, con el encargo de enviarlos a los niños de algún lejano país. Con el regalo, una tarjeta en la que expresan no solamente el deseo de las obreras de la fábrica "Clara-Zetkin", sino el de las mujeres alemanas de estrechar los lazos de amistad con todos los pueblos de la tierra.

En Mühlhauser visitamos la vieja Ca-

sa de la Ciudad. Preciosa y severa al mismo tiempo. En las paredes, en dorado, frases de los encendidos discursos de Tomás Müntzer. Sí, aquí está la sala donde él predicó su gran cruzada por la libertad de los siervos, por la tierra para los campesinos, por la justicia. Visitamos el recinto en donde funcionó el Concejo Permanente (Eterno). Hay frescos en las paredes representando los "landgraves" y los "burgraves" de aquel tiempo.

Lo más puro, lo más revolucionario de la Reforma nos ha salido al encuentro encarnado en la vida de Tomás Müntzer y de sus seguidores en su heroica muerte. A nuestra mente vuelve la apasible aldea de Magdala, las aldeas de Turingia que no pudimos ver sino de paso, con sus verdes y fértiles campos en donde hoy es realidad la Reforma Agraria, el sueño de los mártires de la Revolución Campesina.

San José, Costa Rica 1957.

Viñetas de México Desde el Mirador

Colaboración del Dr. Ramón ROMERO

Cae en la ventana el sol de oro de la tarde. Se ve un poco de bruma allá lejos donde parece que corre la montaña, y en el cielo nubes blancas y opalinas lentamente siguen el camino que les traza el viento. Abajo, la multitud pasa con ese afán de vivir en la ciudad agitada por el progreso del comercio y de sus industrias. Los colores vivos o de tono menor, o el azul intenso en los trajes de las mujeres se desvanecen a lo largo de la calle. Y estas calles, ese teatro humano y múltiple, cambian constantemente de decoración conservando solamente la forma estática de la perspectiva.

Hay ahí un silencio que se rompe minuto a minuto por las máquinas ligeras, el silencio propio de la tierra y del tiempo. La ciudad moderna, con altos y desafiantes edificios donde se desparrama la cabellera del viento, se extiende con firmeza en una parte del valle de México. Y pensar que aquí, en estas calles de Tacubaya, en los sitios donde se levantan las construcciones altas, y sobre esos puentes y albercas, libraron los emperadores aztecas rudas batallas sin nombre en defensa de la tierra y la libertad.

En esta calle, seguramente, pasó Cuauhtemoc, con sus soldados, con su corazón abierto a la esperanza. Un poco más allá salieron de lo que era monte cerrado, los compañeros de esta proeza inmortal, a combatir a los homi-

bres blancos, y desde la cima de esas montañas donde cae la bruma de hoy, la afleuncia humana se convirtió en un río de sangre, en torrente de bravura.

La bella Tenochtitlán de aquella época lejana, con sus jardines y templos maravillosos, cerró una época en la historia, para surgir en el transcurso de los años con las nuevas vestiduras que le dió el tiempo. Su tierra es la misma, y las piedras y los árboles hablan de los días más bellos cuando la raza entera se cubrió de gloria. Aquí en la calle, en esta calle, pasó Cuauhtemoc, con la insignia en sus manos, alta la bandera, tenso el rostro de combatiente. Solamente lo imprevisible de la vida podía vencerlo y vencido fue más grande, porque unió a la raza en unidad ideológica.

Si desapareció el imperio y con Cuauhtemoc millares de hombres, no se desvaneció el espíritu ni las sensaciones peculiares que tenían del valor de la vida, de la contemplación de la naturaleza, de su arte de trabajo, de su religión, dirigida en forma natural a la belleza del mundo.

El genio de la raza, como explica William Blake, pertenece a todas las épocas, y se va heredando a través de todas las generaciones. Le esa combinación de dos culturas, un nuevo estremeci-

miento de arte surgió en la masa humana, una inquietud, un sentimiento renovado, un refinamiento de los nervios y de la mentalidad americana.

Miramos con deleite la página de un códice; el penetrar en la selva sentimos la emoción de lo desconocido; al tocar las piedras del camino donde los antecesores se sentaron alguna vez a contemplar las crepúsculos serenos de la patria común, proyectamos y realizamos un viaje mental para encontrar aquella vida fastuosa de la época, y ella nos señala esa raíz ancestral de los que vivieron, amaron y murieron en la tierra generosa.

Ahora la Tenochtitlán de antaño es una fortaleza con su puente levadizo donde se juntan los valores del mundo.

Bernal, sobrio y elegante en sus relatos, nos habla de la ciudad y del imperio: "Y luego Moctezuma le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las demás ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna... y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, los puentes que tenían hechos de trecho en trecho... y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercadería, y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba si no por unos puentes levadizos que tenían hechos de madera, o en canoa; y veíamos en esas ciudades cues y adoratorios a manera de torres y fortalezas y todo blanqueado, que era cosa de admiración..."

Cuauhtemoc, el forjador de la patria, está en pie con la bandera de la raza en sus manos.

México D.F., 28 de febrero 1957.

STECHELT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals
31 East 10th Str. - New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al

Repertorio Americano